



Apuntes para la justificación histórica de la presencia de Venezuela en Pernambuco, Brasil



Brasil

Pernambuco

Rafael Ramírez Carreño

Ministro de Energía y Petróleo de la República Bolivariana de Venezuela y Presidente de PDVSA



Apuntes para la justificación histórica de la presencia de Venezuela en Pernambuco, Brasil

Conocemos los problemas que se están presentando a consecuencia del elevado consumo energético en los países más desarrollados, sus claras apetencias por controlar las fuentes petroleras y la poca capacidad para refinar los grandes volúmenes que engullen día a día moviendo su complejo industrial. Es por ello que también comprendemos la importancia geoestratégica de nuestra hermandad con Brasil y la necesidad de ubicar una refinería en el estado de Pernambuco, que visto en el mapa de América se nos presenta como un gran saliente de la geografía brasileña sobre el Océano Atlántico. Esta situación es oportuna para resaltar la singular relación histórico-política con el gigante brasileño y particularmente con el estado de Pernambuco, que cobra una gran significación en los actuales momentos, ya que constituye un sólido basamento para avanzar con pie firme en la consolidación de la mencionada integración. Relación de hermandad que tiene su máxima expresión en la profunda amistad y camaradería de lucha que unían al Libertador Simón Bolívar con el "General de las masas", el brasileño (pernambucano de Recife) José Ignacio Abreu y Lima, conocido en la historia de Venezuela como José Lima, el héroe de las dos Américas, la española y la portuguesa.

Sin embargo, para entender la relación entre estos dos grandes americanos, y que este entendimiento nos ayude a acumular conciencia y sirva de ejemplo para continuar el avance, es necesario contextualizarla en el marco de las luchas y revoluciones que desde comienzos del siglo XIX dominaron el panorama político de este continente, de las ideas que las movilaron y de la experiencia de vida de esos héroes.

Antes que nada, debemos puntualizar que las revoluciones tienen dos fuentes principales de ideas: una, el pensamiento revolucionario universal; otra, las ideas propias que surgen de la realidad, del tiempo y del espacio, del alma del proceso, es decir las ideas que emanan de la realidad inédita en donde ocurre la Revolución. La fusión de las ideas revolucionarias universales y las ideas locales forman la ideología propia de esa Revolución y es el aporte de ella al acervo teórico revolucionario. Cuando decimos pensamiento revolucionario universal, nos ubicamos en el gran caudal de pensamiento que se identifica, con la idea de que "el hombre no debe ser víctima del mismo hombre. De que "El hombre no debe ser victimario del hombre" esta angustia acompaña al humano desde siempre, aparece en Cristo, y continua con miles de pensadores que han tratado de dar concreción al anhelo de que el humano se relacione amorosamente entre si y con su entorno.

Por otra parte, la producción teórica revolucionaria es un proceso vivo, mutante, los temas van cambiando, cada reto que nos plantea la realidad es inédito, no hay recetas, no hay caminos, es por eso que una Revolución es un reto apasionante a la inteligencia y a la voluntad de los pueblos.

En ese caudal del pensamiento humano universal, no podemos dejar de mencionar a la Revolución Francesa y su aporte a los procesos independentistas americanos. Las ideas de igualdad, fraternidad y libertad, que fundamentaron esa rebelión del pueblo francés en contra de la monarquía que lo gobernaba, llegaron impresas en libros de contrabando que arribaban a las costas americanas en los barcos que hacían la travesía desde Europa. De esta manera, los textos de Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Diderot y de otros pensadores y enciclopedistas que habían inspirado aquellos sucesos revolucionarios, se constituían en lecturas proscritas por las autoridades españolas y portuguesas. Era evidente que toda la monarquía europea, incluida la española y la portuguesa, así como sus funcionarios y operadores en las posesiones coloniales americanas, se encontraban alertas contra el fuego antimonárquico prendido por la Revolución en Francia y que había causado gran efervescencia y desasosiego en estas tierras.

En América, las posiciones ante esas ideas que hablaban de los derechos de igualdad y libertad para los hombres, fueron variadas. Los enfoques estaban teñidos por los intereses económicos de los diferentes grupos sociales de la colonia. El grupo que representaba a la monarquía (llamados en Venezuela "blancos peninsulares"), quienes se reservaban los más altos cargos políticos y administrativos, lógicamente encarnaban las posiciones más conservadoras y represivas. Otro grupo social, la denominada oligarquía criolla, descendientes de los primeros conquistadores, poseedores de grandes medios económicos, tierras y esclavos, oscilaban entre la necesidad de desligarse de las metrópolis que entorpecían el camino de sus negocios y el miedo a verse envueltos en una turbulencia social que arrasaría con sus privilegios. Por otro lado, los desposeídos, los excluidos, indios, pardos y esclavos, en su mayoría víctimas del injusto sistema, sumergidos en la más absoluta miseria y oscura ignorancia, veían con inconsciente indiferencia aquellos acontecimientos. Por último, y es necesario resaltarlo, existía un grupo pequeño de soñadores donde estas ideas germinaron. A este grupo, entre otros valientes, pertenecían hombres de la talla de Simón Bolívar y del brasileño

José Ignacio Abreu y Lima.

Gran parte de las vicisitudes y las batallas que por la liberación del continente se sucedieron posteriormente, fueron compartidas por el Libertador y José Ignacio Abreu y Lima. Este último, enrolado como capitán en la causa patriota desde el año 1819 en Angostura, se sintió atraído por las ideas bolivarianas, sin embargo, ya había vivido la experiencia de una revolución ocurrida en su natal Pernambuco dos años antes, y en la cual su padre, un revolucionario independentista al que llamaban “padre Roma”, fue capturado, sentenciado en juicio sumarísimo, y luego fusilado por órdenes de la corona portuguesa, todo esto en presencia de Abreu y Lima.

En el pensamiento y en la práctica libertaria de hombres como Simón Bolívar y Abreu y Lima, está en el principio y el fin del “ser” y el “deber ser” no solo de la hermandad entre Brasil y Venezuela, sino de América Latina y el Caribe. Ellos, junto a otros grandes americanos, desarrollaron una matriz de pensamiento que no concibe a latinoamericanos y caribeños como un racimo de naciones débiles, aisladas, dependientes, enfrentadas entre sí, sino como un todo integrado bajo banderas solidarias, patrióticas y de justicia social. Una postura que se constituye en el “logos”, el principio ordenador, la sustancia, el ideal de la nueva Latinoamérica.

El ideal bolivariano, que tanto atrajo al pernambucano Abreu y Lima, nació como respuesta a la opresión de los imperios coloniales ibéricos, constituyéndose en expresión de una gran diversidad de intereses y reivindicaciones económicas, políticas y sociales que integraban el tejido y el entramado social del “Nuevo Mundo” contra el Imperio español. Un amasijo de ideales y nociones que los padres de la patria americana supieron combinar y articular de forma magistral, para generar la masa crítica que gestó la primera independencia. En su devenir, el bolivarianismo se enfrentó al monroísmo en sus distintas expresiones, y es en esa confrontación donde se convierte en una postura frente a toda dominación imperial, adquiriendo profundas raíces libertarias y de justicia social.

El planteamiento internacionalista de Bolívar concebía la necesidad de un gran cuerpo político que sirviera de balance al mundo, y entendía que sólo una América unida sería viable como nación capaz de proporcionar a los pueblos la mayor suma de felicidad posible, presagiando en el expansionismo norteamericano, al igual que Abreu y Lima, la futura amenaza de oprobio para nuestras naciones. Veamos lo que pensaba Abreu de los norteamericanos:

“La audacia de los norteamericanos comienza a inquietar a todas las naciones; ese humo, que exhala de sus cabezas, es el síntoma de una gran erupción. Cuando esa población vivaz del valle del Missisipi se desborde, nadie podrá calcular hasta donde llegará su desbordamiento, como esas erupciones septentrionales que inundaron todo el occidente y el medio día de la Europa: México y Guatemala están destinadas a correr la suerte de Italia y de la península ibérica en la edad media. ¿Dónde parará ese aluvión destinado, no a destruir una civilización pero si a conquistarla de manera fácil, porque no encontrará resistencia alguna? Tal vez en el Istmo de Panamá, porque allí estrechándose el continente entre dos mares la naturaleza colocó un marco entre las dos Americas.

Bolívar también se enfrentó a los intereses de las nuevas oligarquías, que pretendían liberarse del yugo español sin cambiar la esencia de estas sociedades, limitando todo a sustituir la dominación española por la dominación de la casta formada por ellos. Esta neoligarquía, surgida dentro del campo independentista, toleró y uso al Libertador como conductor de la lucha contra la oligarquía española, pero desplazada esta, no aceptaba al Libertador como constructor de la gran nación americana. Compartían con el Bolívar guerrero intereses comunes en la lucha contra el enemigo externo, pero adversaban las ideas del Bolívar constructor de una patria grande, lo cual menoscababa sus mezquinos intereses provinciales. La oligarquía emergente, tenía coherencia en sus planteamientos, en lo político un liberalismo controlado por ellos, en lo económico mantener la misma estructura: la esclavitud, el latifundio y la dependencia económica de los centros de poder mundial, Europa y Estados Unidos. En resumen, groseros privilegios para ellos, y miseria para el resto de la población.

Bolívar, intuyó el fondo del problema después del fracaso de la primera y segunda República: cambiar las relaciones económicas por nuevas relaciones que sirvieran de soporte al nuevo espíritu libertario. Por eso su alianza con Petión, el líder haitiano que prestó ayuda, armas y dinero a la causa del Libertador. El Haití de aquellos días, al igual que la Cuba de hoy, era considerado por los poderosos como una nación de “subversivos peligrosos” porque se habían liberado de sus amos blancos. Bolívar entonces abrazó la lucha antiesclavista y por la igualdad. Es así que en 1816, llegando a Ocumare al mando de una expedición que originalmente había partido de Haití, resume su posición antiesclavista decretando: “esa porción desgraciada de nuestros hermanos que ha gemido bajo las miserias de la esclavitud, ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos; de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos”.

En estas cinco líneas se condensa todo un pensamiento revolucionario: emancipación de los esclavos, cambio profundo en la estructura económica y en las relaciones que la sustentan, dando un golpe mortal al modo de producción y de consumo movido por la fuerza de humanos sojuzgados. Y ese cambio tenía como objetivo el establecimiento de una nueva espiritualidad: la igualdad de los humanos. A partir de allí la confrontación se colocó en otro plano: por un lado, la lucha contra el imperio español; y, por el otro, el plano más importante, la lucha dentro del campo revolucionario, entre los que querían cambiar junto a Bolívar y aquellos para los que el cambio significaba establecer unas nuevas relaciones con el imperio, sustituir la vieja oligarquía por una nueva, pero que en lo sustancial todo siguiera igual, es decir, el mismo sistema reproductor de la misma dominación, del mismo egoísmo, de la misma vida miserable.

Contra todo esto lucharon Bolívar, Abreu y Lima y tantos otros. Fueron combates duros: guerrearon en las llanuras de Apure, cruzaron Los Andes, triunfaron en Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá, para liberar Bogotá y a la Nueva Granada; regresaron a Venezuela, derrotaron juntos a los españoles en Carabobo, donde el brasilero resultó gravemente herido; poco después, lo encontramos desalojando los últimos reductos españoles en territorio venezolano, Maracaibo y Puerto Cabello, y participando en la campaña de liberación del Sur (actualmente Perú, Ecuador y Bolivia). No obstante la vida de guerreros y su pasión por las mujeres (Bolívar por Manuelita y Abreu por Belinda, sobrina del Libertador), ambos legaron a la posteridad las armas de sus ideas y el filo acerado de sus convicciones.

Abreu y Lima, lector de Campanella, Maquiavelo, Saint Simon, Hegel, Rousseau, Fourier, Owen y Tomás Moro, entre otros, presagió la total sustitución de las clases existentes desde la edad media, por el proletariado y la burguesía. Su pensamiento inquieto lo llevó a definir el socialismo como “la tendencia del género humano para volver a formar una sola e inmensa familia”, llegándolo a considerar, más que una doctrina, religión, idea o principio, como un designio de la providencia. Gilberto Freyre lo ve como un precursor de Carlos Marx, y Vamireh Chacón, uno de sus biógrafos más importantes, considera que Abreu y Lima favorecía la tesis de la lucha de clases.

Barbosa Lima y Sobrino, en el prefacio de la obra de Abreu y Lima titulada O Socialismo (1855), considera un gran avance para el Brasil y el Portugal de entonces, el solo hecho de hablar de socialismo, lo cual constituía una verdadera novedad porque muchos la consideraban una palabra subversiva, demoníaca. Según este autor, el luchador pernambucano veía al socialismo como la marcha de la civilización hacia el progreso, admitiendo la propiedad privada, pero limitada por los intereses sociales, y poniendo un énfasis especial en la justicia social, estimando el mejor gobierno, aquel “que hiciese la felicidad, la grandeza, la riqueza y el bienestar del pueblo a cuyo frente se halla”. Vemos pues como Abreu y Lima, al igual que Bolívar, buscaba la mayor suma de felicidad para su pueblo, y no es coincidencia que ambos fueran perseguidos por las oligarquías, al punto de ser extranjeros en su propia tierra. Abreu acompañó al Libertador hasta su muerte en Santa Marta, y al parecer fue testigo horrorizado del despojo de los botones de sus guerreras, tomados como “recuerdo” por alguno de sus acompañantes, preludio macabro de lo que harían con la obra de Bolívar. También sufrió la inquina de Santander, y al regresar al Brasil, aun manteniendo la aureola de ser un General de Bolívar, fue perseguido y encarcelado. Para colmo, aun siendo defensor acérrimo de la moral cristiana, en su lecho de muerte recibió la condenación de la iglesia católica y tuvo que ser enterrado en un cementerio protestante.

Durante casi 200 años el ideario de hombres como Bolívar y “José Lima” se ha retomado, remozado y reinventado, ya sea por patriotas, visionarios o soñadores, en una batalla sin tregua contra todo “anexionismo”, frente a todas las expresiones de los llamados “nacionalismos” o “seudo-nacionalismos”. De generación en generación se ha ido nutriendo, desarrollando, complementando y adecuándose a los nuevos tiempos, con lo mejor del pensamiento y la práctica liberadora y revolucionaria latino-caribeña.

La tarea de hoy es cerrar los ciclos inconclusos abiertos por hombres como Bolívar y Abreu, trocar esa tradición de fundadores y creadores, esas nociones ideales y latinoamericanista, en una ideología para el cambio. Ninguno de los países del mundo, por poderosos que sean, tiene una salida nacional o nacionalista ante los retos que se avecinan frente a la crisis del neoliberalismo, las crisis energética, la desolación del mundo y los cambios inevitables en la correlación mundial de fuerzas. Es inevitable avanzar en una gran alianza “con todos y para el bien de todos”. Hay que convocar, disuadir y hacer conciencia entre los distintos sectores económicos, políticos y sociales latinoamericanos que no tienen salida en la lógica capitalista.

Ante esta lógica capitalista, se ha propuesto inventar un nuevo socialismo. Y el socialismo que inventemos los latinoamericanos tendrá que nutrirse de las raíces patrióticas, democráticas, revolucionarias, socialistas, marxistas y bolivarianas, así como lo mejor y más avanzado del pensamiento y la cultura universal, en el que sin duda tiene un lugar José Ignacio Abreu y Lima. Pero las urgencias y los retos son de gran magnitud y es imposible esperar a que todos sean socialistas para producir la “masa crítica”, patriota y revolucionaria, que permita erigir la Comunidad Latinoamericana de Naciones que han soñado Bolívar. América Latina y el Caribe tienen una responsabilidad con la salvación y el equilibrio del mundo contemporáneo, que sólo podrá cumplir por la vía de erigir una Comunidad de Naciones y por el sendero del socialismo bolivariano.

Entonces, no sólo es una refinería lo que se construirá en Pernambuco, se trata de construir la unidad de los pueblos de América Latina, un nuevo intento para cerrar un ciclo inconcluso en pro de la liberación de los pueblos americanos. La historia es obstinada, las cuentas pendientes que dejan los tiempos regresan para ser saldadas. Los hilos sueltos que abandonamos en el camino son obstáculos que nos impiden avanzar, y no será hasta que los recojamos que dejaremos de ser un carrusel histórico, condenados a repetir errores eternamente. Estamos viviendo tiempos de satisfacer reclamos: Simón Bolívar y José Ignacio Abreu y Lima han regresado nuevamente convertidos en pueblo para concretar los sueños que se fueron al sepulcro con ellos.